



Recuerdos de mi Vida de Estudiante en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. 1951-1956

Manuel Barrera Romero¹
Universidad de Chile
Santiago de Chile, Chile
mbarreraromero@gmail.com

Resumen

Esta memoria es un simple relato de mi experiencia como estudiante de Filosofía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en los años cincuenta del siglo pasado. En esos tiempos, esta unidad académica atraía a profesores y estudiantes interesados en la cultura, el arte y los temas del desarrollo político del país. En sus aulas y en los patios del campus, se vivía un ambiente de gran riqueza cultural. Fue un foco importante en la evolución nacional hacia una apertura intelectual de una sociedad en extremo conservadora. Tanto es así que producido el golpe militar de septiembre de 1973, el Instituto fue intervenido y escindido de la Universidad de Chile, creándose una pretendida Universidad de Ciencias de la Educación. Con ello se produjo una dispersión de profesores y alumnos, muchos de los cuales partieron al exilio. En este relato, me refiero a mis recuerdos de esa época estudiantil, gozosa y doliente, añoranzas contaminadas por la natural emoción que provoca fijar la atención en las experiencias juveniles en el ámbito de la formación cultural mezclada con la amistad. No hay ni sistematización

Recibido: 4 de marzo de 2013 - Aprobado: 18 de agosto de 2014

- 1 Consultor independiente. Profesor jubilado de la Facultad de Economía y Administración de la Universidad de Chile. Profesor de filosofía y consejero educacional y vocacional de la universidad de Chile. Sociólogo, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Post grado Universidad de Cornell (USA). Estudios de especialización post doctoral.

de la experiencia pedagógica ni pretensión analítica de cualquier tipo.

Palabras clave: memoria, Instituto Pedagógico, estudios de Filosofía, los jóvenes poetas, inquietudes políticas, conversaciones en los jardines, discurso de graduación

Abstract

This memoir is a simple story of my experience as student of Philosophy at the Pedagogical Institute of the University of Chile in the 50s. In those times, this academic unit attracted professors and students interested in the culture, the art, and the subjects of the political development of the country. In its classrooms and the patios of the campus, an atmosphere of great cultural wealth was lived. It was an important center in the national evolution towards an intellectual opening of a very conservative society. After the military coup of September of 1973, the Institute was taken and split from the University of Chile, creating a wanted University of Educational Sciences. In this way, a dispersion of professors and students took place, many of whom left to exile. In this story, I talk about my memories of my joyful and painful life as a student, nostalgias contaminated by the natural emotion that causes one to pay attention to juvenile experiences in the context of cultural training mixed with friendship. There is neither a systematization of pedagogical experiences nor an analytical pretension of any sort.

Keywords: memoir, Pedagogical Institute, Philosophy studies, young poets, political worries, conversations in the gardens, graduation speech

Para ingresar a estudiar en la Universidad, había que aprobar un conjunto de pruebas con énfasis en materias humanísticas, matemáticas o de ciencias naturales. Le llamaban bachillerato. En aquellos tiempos no había en Santiago sino dos universidades: la de Chile y la Pontificia Universidad Católica. Hoy, algo así como 60 (sesenta), que publicitan sus ofertas del modo como se publicitan las longanizas o las marcas de autos. El gobierno militar aprobó una legislación que introdujo la lógica del libre mercado en la educación superior



de modo que ahora se mueven grandes capitales y jugosas ganancias en esta “industria”. Un egresado de la educación pública seguía sus estudios, por lógica, en la Universidad de Chile. Ahí fui. Pero antes debí aprobar el test de ingreso.

Yo percibía que los profesores del liceo experimental en que había estudiado, el “Juan Antonio Ríos”, en especial sus autoridades, estaban expectantes en relación con los resultados del bachillerato de sus primeros egresados. Mal que mal, éramos un fruto de sus experiencias pedagógicas, con las cuales estaban muy comprometidos. De nuestro éxito o fracaso dependía, en parte, la evaluación que se hiciera de ellas. Dado que yo había sido el alumno con mejores notas en el último curso, sentía que esas expectativas se posaban en mí especialmente, de un modo no explícito pero sensible.

Así pues concurrí, con explicable ansiedad, a la primera prueba, la de Filosofía. El examinador leía un texto y uno debía comentarlo. Lo primero que llamó mi atención, algo extrañado, fue que el profesor Moisés Mussa usaba unos anteojos de vidrios muy gruesos conocidos popularmente como “poto de botella”. Por si fuese poco, portaba en uno de sus ojos un parche que lo tapaba completamente. Yo me preguntaba durante y después del examen cómo podría leer las pruebas este señor. Fue lo que más me preocupó. Pero sucedió algo peor para mí. Al escribir mi nombre, mi lapicera (de mala calidad) dejó caer una lamentable gota tan gruesa como aquellos vidrios en el papel que nos habían entregado. Entonces pensé que mi suerte estaba echada, para mal por supuesto. Al salir, los profesores del liceo que habían concurrido a este local, a pesar de estar ubicado en el centro de Santiago, lejos de la comuna de Quinta Normal me preguntaron cómo me había ido. Traté de esconder mis temores, pero algo se dejó ver.

Después di las otras pruebas, de lo cual mi memoria, algo deteriorada y asaz selectiva, no recuerda nada. El resultado del conjunto de pruebas, es decir, el puntaje obtenido en el bachillerato fue de 22 puntos, entiendo que en un máximo de 30 o 35. Aprobado, con una nota no mala, aunque tampoco tan buena como la esperada.

¿Pero qué estudiar con un bachillerato humanístico? Las posibilidades: Derecho, Pedagogía en ciertos ramos, Arte, etc. En el Liceo existía un servicio de Consejería Vocacional, que lo ejercía el profesor Armando Pereda, que tenía una personalidad atrayente con rasgos carismáticos. Mi trayectoria en secundaria apuntaba a que lo lógico era tratar

de ingresar a la Escuela de Leyes. Ese fue el consejo del orientador y esa era la expectativa de los profesores. Sin embargo, influido quizás por el grato ambiente del liceo y la naturaleza de la pedagogía ahí impartida me incliné por el Instituto Pedagógico. Fue una decisión que tomé en solitario; no había en mi entorno de la época ningún familiar con quién intercambiar ideas al respecto o de parte del cual podría recibir algún consejo. Ingresé a Castellano. En el primer año, entre otros, hacía clases el Dr. Rodolfo Oroz, famoso filólogo chileno, y otro especialista destacado, el gramático Claudio Rosales. Muy curioso que en el primer año de Universidad, cuando los jóvenes empiezan a adaptarse a un nuevo régimen escolar, fueran estos especialistas de alto nivel los que los recibieran. Para mí fue peor que para los que venían de un colegio tradicional. En el “Juan A. Ríos” los alumnos, en tanto personas, eran muy centrales de todo el proceso educativo. Acá los estudiantes eran muchos y su contacto con los profesores, al margen de las conferencias, inexistente. Por otro lado, nadie se atrevía a preguntar. La participación en clases, ausente. El profesor Rosales solicitó realizar un trabajo de gramática, pero yo nunca entendí de qué se trataba el asunto. Ello me llevó a repensar mis estudios de pedagogía en Castellano, que yo imaginaba más enfáticos en literatura que en lingüística.

Para salir del pasó no encontré mejor solución que pedir mi traslado a Historia y Geografía. Allí me encontré con el historiador Guillermo Feliú Cruz, con don Juan Gómez Millas (dos veces Ministro de Educación y diez años Rector de la Universidad de Chile), un filósofo de la historia y con otro profesor cuya fama como historiador eminente comenzaba, Mario Góngora. Otro docente era un profesor de geografía destacado en su especialidad. Demasiado para un adolescente que recién se iniciaba en los estudios superiores. Habría sido estupendo tenerlos de profesores en el último año de estos estudios. Al inicio, poco se entendía.

¿Qué pretendían estos pedagogos al colocar sus mejores cartas en el primer semestre del primer año de la carrera? Al pensar en ello recuerdo que al bailarín Nureyev le preguntaron qué le diría a un joven que desea estudiar ballet, a lo que respondió: “que lo deje, es mucho sacrificio”. Dijo luego, “sólo pueden soportar estos sacrificios los que no puedan dejarlo”. Yo pude, lo dejé. Entonces mi desconcierto se constituyó en un real problema, grande, muy grande: ¿Qué hacer?

Debo agregar que para colmo de males mi financiamiento provenía de una beca de una organización que sospecho está ligada a la



masonería, de nombre muy explícito: la “Liga Protectora de Estudiantes Pobres” (LPEP). Si uno utiliza en Internet el buscador Google con ese nombre no encontrará ninguna clara identificación de esta organización, la que, sin embargo, aparece dando muestras de su actual funcionamiento en diversas ciudades del país. En esas mismas páginas encontrará entradas para la “Sociedad Protectora de los Animales”. Bueno, como los creadores de Google saben “la vida es toda una”. Así lo han demostrado los investigadores que estudian el ADN. Ellos han comprobado que, como mínimo, el 90% de los genes humanos son básicamente los mismos que se encuentran en los ratones. Y que compartimos más del 60% de los genes con la mosca de la fruta. Entonces, ¡a qué hacerse problemas con este alcance de nombres! Como en el poema “Los motivos del lobo” de Rubén Darío digamos como Francisco de Asís :“Paz, hermano lobo”.

La beca de la “Liga...” me permitió cursar y terminar mis estudios de pedagogía, del modo que luego relataré. Me proveía del dinero para la matrícula, para comprar ropa y libros a comienzos del año y, luego, para el bolsillo austero. Para todos estos propósitos y para dar cuenta de mis estudios debía entenderme con el historiador, de renombre en el país, profesor Eugenio Pereira Salas, quien pronto asumiría el decanato de la Facultad de Educación, de la cual el Pedagógico era sólo una parte aunque la principal.

Los estudios de filosofía y algo más

Para responder a la famosa pregunta de qué hacer (famosa porque Wladimir I. Lenin se la hizo y la respondió escribiendo un libro con ese nombre, básico para el actuar de los bolcheviques en la revolución rusa) no atiné a nada mejor que a retirarme, no a mis cuarteles de invierno, sino al fondo de la casa –un patio con árboles y flores- de los Roach, donde seguía viviendo. A leer. Empezaba la primavera y con ella el segundo semestre. Perdí el primero y no tomé cursos en el segundo. Entre otros libros cayó en mis manos uno de filosofía marxista sobre el materialismo dialéctico, sus principios básicos: “Cuestiones del leninismo”. Su autor, según se leía, era nada menos que el mismísimo José Stalin. Años después, a consecuencia del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, perdí ese libro y otros muchos de marxismo o que parecieran como tales porque en el nombre incluyeran palabras

como, clase obrera, revolución, socialismo (sociología, por confusión), Cuba (también cubismo, por su parecido). Miles y miles de libros fueron a dar a ríos, canales, mar o, simplemente, hogueras en todo el país. Algunos de los míos fueron a dar al San Carlos, un canal santiaguino y la mayoría a una casa en las afueras de Santiago, donde fueron quemados, a pedido mío, por el abuelo materno de mi hijo. Lamenté perder en esos trajines una versión de “EL Capital”, de Carlos Marx, en tres tomos, papel biblia, edición del Fondo de Cultura Económico, México. Poco después de deshacerme de tales lacras apareció en mi departamento una patrulla militar que revisaba todo el edificio. No se llevaron nada de las tres estanterías que tenía. A las pocas horas ardía en la calle una gran hoguera con los hallazgos realizados, en el central barrio San Borja donde vivía. Y en Chile sucedió lo que predijo el poeta y escritor alemán Heinrich Heine, cuando dijo:

“Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres”.

Aunque él no fue quemado, sin embargo, hubo de exiliarse ya que fue perseguido por adherir a las ideas de Saint Simon, el “socialista utópico”. Campesinos chilenos sí lo fueron. En el fondo de aquella casa leí, además, poesía, afición juvenil que se prolongó largamente en la vida, alguna novela de Herman Hesse, política contingente, revistas de arte. Las lecturas y la meditación consiguiente me llevaron a decidirme por dar el examen de admisión a pedagogía en Filosofía, en marzo del año siguiente. Los cupos eran quince. La mayoría de los postulantes habían estudiado antes otras materias o eran ya profesionales o pensaban compartir estos estudios con otros, como derecho, que tenían avanzados. Uno de ellos fue Guillermo Briones: tenía estudios de matemáticas, pasaba la treintena, trabajaba en el Instituto de Investigaciones Sociológicas, en formación; fue posteriormente compañero y amigo. La examinadora en este test de admisión consistente en una prueba escrita fue la actualmente famosa filósofa chilena Carla Cordua, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, 2011. En ese tiempo una joven y estupearada ayudante de cátedra. El resultado del examen de admisión se preveía para finales de marzo y se publicaría en los murales del Instituto. Yo me jugaba no sólo la admisión a Filosofía sino también la beca, por lo que concurría expectante casi a diario al Instituto.



Los compañeros y amigos de Filosofía

Los resultados se publicaron el día 25 de marzo, justo cuando cumplí 20 años. Y fue una gran y agradable sorpresa: ¡un siete!, la nota máxima. Hubo sólo dos 7. El otro lo obtuvo Guillermo Briones, cuya formación universitaria estaba avanzada y quien sería, al pasar de los años, mi profesor de Estadística en estudios de postgrado. También fue seleccionado Pedro Miras quien llegaría a ser un buen amigo por largos años. Joven inteligente, que se movía en ambientes artísticos, original de conversación y notoriamente culto para su edad. A la larga desempeñaría el importante cargo de Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, donde enseñaba Estética, rama de la Filosofía que se avenía con su personalidad y vocación. El golpe militar del 11 de septiembre de 1973, ocurrió siendo Pedro, el decano. Viajó a Francia como exiliado, obtuvo una beca que debía cumplirla en una ciudad de provincia, pero se las arregló para quedarse, por largos años en París, la tierra prometida en aquellos tiempos para toda joven con inclinaciones artísticas. Siempre he pensado que en el caso de Pedro si no hubiese existido Pinochet y el exilio habría que haberlos creado. ¿Este cruce histórico /Pinochet/exilio/Pedro/París estaría predeterminado desde siempre? Al poco tiempo viajó a la bella capital francesa su esposa, Patricia Bonzi, que también había cursado Filosofía, un año posterior al nuestro. Al retornar al país profesaron sus especialidades en la misma Casa de Estudios en que habían sido alumnos. Actualmente ambos están jubilados, aunque ella persiste en participar en charlas y conferencias. Un compañero de curso de Patricia era Humberto Giannini, algo mayor que nosotros ya que había sido durante dos años marino. Con el tiempo se transformó en el filósofo más notable y más reconocido de toda la generación. En 1999 su obra filosófica lo hizo merecedor del Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, fue declarado Profesor Emérito de la Universidad de Chile y Doctor Honoris Causa por la Universidad de París. Actualmente, sigue realizando con Patricia, reflexiones, conferencias y publicaciones. Se contaba en aquellos años la siguiente anécdota, quizás un simple rumor. Humberto vivía con su pareja con la cual rompió. Un amigo suyo y nuestro que estudiaba Castellano, ingenuamente, lo invitó a vivir en su casa en la emergencia. Humberto, joven simpático y multifacético tocaba la guitarra que la acompañaba con canciones. Sucedió que la esposa del amigo se enamoró de él y él de ella. Organizaron su propio nido: se casaron. Su matrimonio fue (quizás sigue siendo) de larga duración. El compañero

de Castellano deambulaba por los prados del pedagógico “como alma en pena”. ¡Cuidado con los filósofos!, no son, necesariamente, inofensivos. Ingresó también ese año a Filosofía otra persona interesante con quien también hice buenas migas, Fernando Valenzuela. Era algo mayor, casado, con hijos y trabajo que realizar. De mente reflexiva y analítica. Avanzado sus estudios de Filosofía se interesó por estudiar leyes, las que probablemente terminó. A mi egreso no nos vimos más, aunque me enteré que durante el gobierno militar había alcanzado un alto puesto burocrático en la Universidad intervenida. De todo había en esta viña del señor, aunque predominaban en Filosofía, pero no en todo el Pedagógico, las tendencias políticas de izquierda. También debo consignar mi compañerismo con Emma Serra, que ya era Enfermera Universitaria, trabajaba como tal en el Hospital “San Borja”, ubicado en esos tiempos en la Alameda Bernardo O’Higgins, cerca de la Plaza Italia. A propósito de una serie de molestos y dolorosos abscesos que solían maltratarme con una frecuencia más que tediosa, ella me hacía las curaciones. A mi egreso de Filosofía no supe más de ella, ya que me fui a trabajar a Valparaíso: nueva vida.

Los aprobados en la prueba de admisión fuimos estudiantes regulares de pedagogía en la especialidad. A ellos se agregaban, en algunos cursos, en calidad de “oyentes” o alumnos informales, personas venidas de otras escuelas que generalmente cursaban en ellas los últimos semestres de sus carreras. De modo que la fauna intelectual que se reunía era variada, interesante y desafiante.

Obviamente que mi apoderado de la LPEP, don Eugenio Pereira Salas, se mostró muy complacido con el resultado de mi examen de admisión y junto con felicitarme, puso en marcha los mecanismos para la implementación de la beca.

Y es así como comencé de nuevo. Esta vez persistí en los estudios regulares y obtuve mi título a los cinco años de estudio, con tesis y práctica docente incluidas. Aún más, dado que la mayor parte de los cursos se daban en las tardes, en horarios dispersos, empecé, una vez ambientado, a tomar también los ramos específicos de Educación. Había, naturalmente, materias generales que todos los estudiantes de pedagogía debían aprobar, pero existía, además, un Departamento de Educación con dos especialidades que daba los siguientes títulos profesionales: Profesor de Educación y Consejero Educacional y Vocacional. Yo realicé los estudios y recibí este último título.



Los profesores de Filosofía

En los cursos de Filosofía me encontré con notables profesores: Luis Oyarzún (Estética); Jorge Millas (Lógica); Félix Schwartzmann (Filosofía de las Ciencias), Bogumil Jasinowski (Filosofía Medieval), entre otros. A Carla Cordua no la vimos más, ya que viajó con beca a realizar estudios en universidades alemanas: la de Colonia y de Friburgo. Tal como sucedía tanto en Castellano como en Historia también en Filosofía había, pues, una concentración de profesores extraordinariamente destacados. Por su docencia, por sus publicaciones, sus conferencias, por su reconocimiento nacional e internacional (premios nacionales; distinciones diversas, investiduras universitarias). Las aulas donde el filósofo, poeta y literato Luis Oyarzún hacía sus clases eran las más amplias del Instituto y se repletaban de concurrentes. Hubo una época en que la prensa hacía encuestas donde preguntaba quién era el chileno en vida más inteligente. En casi todas ellas aparecía en primer lugar el nombre de Jorge Millas, a veces en disputa con su primo Juan Gómez Millas. Las clases de lógica de Jorge Millas eran muy claras y su exposición ordenada. Este profesor tenía un solo problema que, de por sí, era decisivo: no asistía regularmente a dictar las lecciones que por horario le correspondían. Era el único al que le ocurría este descuido. De modo, que los alumnos nos preguntábamos en el patio ¿Viene el profesor? ¿Vendrá? Nadie sabía. Pero cuando venía sus clases eran brillantes. Félix Schwartzmann hablaba como escribía: muchas ideas, mucha información, algo de confusión en la expresión. Oraciones muy largas, al estilo alemán. En mis escritos yo siempre busqué la ocasión de colocar el punto seguido... muy seguido. En lo que respecta a Bogumil Jasinowski, un sabio polaco, había que poner permanente atención para entender su castellano. Superada esa dificultad todo iba bien.

De lo que resulta que tales profesores atraían a tales alumnos. Fue un privilegio estudiar en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en los años 1950. Lo siguió siendo en los sesentas. Fue en esas décadas el ágora donde se concentró la cultura humanística nacional. Ello termina cuando el gobierno de Pinochet interviene militarmente a las universidades y escinde la Universidad de Chile en varias entidades independientes. Una de ellas sería la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. De este modo, el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile desaparece y se convierte en aquello. El mando militar persigue a

profesores y alumnos progresistas, o que ellos piensen que son tales. Se establece un control represivo, lo que produce un masivo éxodo. Nunca más se reconstituyó en el país ese encuentro intergeneracional en forma de “paideia”, de formación cultural, a un alto nivel.

Un recuerdo para los compañeros y amigos del Instituto Pedagógico

En el Instituto Pedagógico lo que se fraguaba en los patios era también interesante. Dos son los contenidos que recuerdo con mayor nitidez. Por un lado, lo cultural artístico y, por otro, lo político. En los patios se mezclaban estudiantes de las distintas especialidades. Yo me juntaba con un grupo interesado en literatura. Unos ejercían de poetas o trataban de hacerlo. Otros aficionados al teatro y la lectura de las grandes obras literarias.

De los poetas recuerdo con emoción el nombre de mi amigo Jorge Teillier, reconocido hoy como uno de los mejores poetas chilenos post nerudianos. Jorge estudiaba Historia. Era un joven tierno, agudo y sensible. Tenía la apariencia de persona indefensa ante los vaivenes de la vida. Por desgracia lo venció, prematuramente, el alcohol. Venía del sur, de Lautaro, inauguró en el país la “poesía lórica”. Decía Jorge que los poetas atacados por la nostalgia “el mal poético por excelencia” se volcarían a la infancia y a la provincia. Y escribió:

“Cuando todos se vayan a otros planetas/ yo quedaré en la ciudad abandonada/ bebiendo un último vaso de cerveza/ y luego volveré al pueblo donde siempre regreso/ como el borracho a la taberna/ y el niño a cabalgar/ en el balancín roto”.

Conservo varios de sus libros con su dedicatoria. En una de sus alusiones típicas dice: “Para Manuel Barrera, esperando que estos poemas le parezcan mejor que la chicha del St L. Su amigo, Jorge 28-IV-1959”. Seguimos en contacto después de egresar del Instituto. Sucedió que después del Pedagógico Jorge trabajó como secretario de redacción del **Boletín de la Universidad de Chile**, primero y, luego, de la **Revista de Educación**, editada por el Ministerio respectivo. En ambas, yo publiqué colaboraciones siendo ya profesor universitario. El director de ellas era Enrique Bello, conocido editor de revistas culturales.

Otros poetas de este grupo eran: David Turkeltaub quien, además de libros de poesía, publicó uno político, “Ese señor Lagos”, en 1988 cuando se aproximaba el plebiscito acerca de la prolongación o el



término de Augusto Pinochet en la Presidencia de la República. En esas circunstancias publiqué un artículo en el diario opositor “El Fortín Mapocho” (20 de agosto de 1988) sobre este libro de David. Ahí digo: “En efecto, ‘Ese señor Lagos’ es todo un bosquejo talentoso de estos años difíciles del país”. Y sobre el autor aludo al joven David : “De carácter introvertido, tenía una mirada entre lejana y taciturna...” Otro poeta era el venezolano Carlos Rebolledo, estudiante de Historia. Regresó a su tierra al egresar, años después viajó a Europa donde visitó, en Palmas de Mallorca, a nuestro común amigo el pintor chileno (de Valparaíso) Gastón Orellana, enamoró a la mujer también porteña de Gastón con la que, según cuentan, tuvo un hijo. Gastón y su musa salieron muy jóvenes de Chile. Fueron con destino a España. Pero con Franco de gobernante se fueron a vivir por 15 años a Italia, más tarde Gastón se trasladó a Nueva York, donde vivió por 17 años. Regresó a Europa radicándose, por último, en Madrid. Tuvo un triunfo singular como pintor. A veces se le menciona como pintor español. De su pintura dijo Neruda: “Tal vez su arte encarnizado es una extensión de su alma, pero tan material, táctil, rugosa y fértil como la envoltura de un fruto”. En Palmas de Mallorca tenía su casa (castillo) de vacaciones. Rebolledo, no persistió como poeta, sino como cineasta. Vino, de tarde en tarde, de visita a Chile.

Otro poeta, Jorge Naranjo. Estudiaba Castellano y publicó sus poemas como todos los nombrados. Oscar Stuardo, que también estudiaba Historia, se convertiría posteriormente en el mejor director teatral de Valparaíso. Compartía pieza en el pabellón para internos del Instituto con el viñamarino Jaime Oxley, estudiante de psicología, no vidente. También participaba en este grupo Jorge Vélez, colombiano, excelente cantante. A veces compartía con nosotros Poli Délano, estudiante de Castellano que vivió, posteriormente, muchos años en México ganándose una buena reputación internacional con sus numerosas novelas. Jaime Oxley sería un amigo de muchos años, amistad que actualmente continúa mi hermana. Se jubiló trabajando como psicólogo en el Hospital del Salvador. Gunther Boroschek y Dina Krauskopf, aunque no pertenecían a este grupo de literatos fueron más tarde, en algunos hitos de mi vida, bastante cercanos. Ambos estudiaban psicología, se convirtieron en matrimonio, tuvieron dos hijos, se separaron y cada uno por su lado se volvió a casar. Gunther ha vivido muchos años en Estados Unidos (coincidimos dos semestres en Cornell, al cabo de los cuales nos aventuramos a una gira por dos meses en Europa), donde

actualmente trabaja en la Universidad de Harvard, en tanto que Dina hizo una notable carrera profesional y académica en Costa Rica, adonde llegó en calidad de exiliada. Desde hace algunos años trabaja en Chile en varios puestos, como es habitual en los psicólogos. Curiosamente, mi mayor cercanía con ella transcurrió mientras vivía en Centroamérica, donde organizamos de conjunto seminarios de investigadores latinoamericanos en ciencias sociales. Ella me enseñó un deslumbrante Caribe costarricense, en Puerto Viejo, poblado por negros emigrados de Jamaica, que hablan un Inglés creole, es decir, mezclado y se dedican a la gastronomía. Con Gunther, que viene cada verano meridional a Valdivia, pasando por Santiago, tenemos un encuentro tanto en el viaje de ida como en el de vuelta a esa ciudad sureña. Al margen de todos ellos entablé una cordial amistad con Nicha Bronfman, que estudiaba Francés. Caminábamos de salida de clases por la calle Macul hasta separarnos en Irrarázabal, ya que vivíamos en direcciones opuestas: ella más al oriente en la calle A. Villanueva, yo más al poniente. Ella era una joven tierna, muy entretenida, con una apariencia de cierta debilidad física. En ocasiones fui a su casa, donde conocí al que sería, más tarde, su marido. A. Villanueva era una hermosa avenida en aquella época con casas de extensos patios y muchos árboles. Al paso del tiempo yo también viví allí. Nicha, exiliada en Francia derivó a la investigación. Hizo publicaciones sobre género e identidad. En París se convirtió, además, en exitosa novelista, muy leída. Su obra “Los mundos de Circe” es una de las más conocidas. Publicaba como Ana Vásquez Bronfman, por el apellido de su esposo. Falleció en la ciudad luz en el 2009.

Donde madre y hermana también participan

A varios de estos colegas del Pedagógico los invitaba a casa donde disfrutaban de la cocina de mi madre. Es así como se hicieron también amigos de mi hermana. Ambas, madre y hermana, compartían conversación y alegría con ellos. Estas amistades del mundo del arte se incrementaron cuando nuestra familia tuvo como vecinos de barrio a un peculiar matrimonio: se trataba del compositor musical chileno Gustavo Becerra y su esposa Ulda Vera. Mi madre siempre fue buena lectora y lo mismo ha sido mi hermana, de modo que surgió pronto una amistad entre las dos casas. Gustavo, como buen músico, disfrutaba hablando de lógica y matemáticas, más aún cuando en esa época estaba entusiasmado con la música



dodecafónica. Yo, como quedó explícito más arriba, pocas matemáticas había estudiado en secundaria, pero en mis estudios de Filosofía me interesó asomarme de reojo a la lógica matemática, disciplina enseñada por el profesor Stähl, recién llegado a Chile. De modo que ahí teníamos un campo común a compartir. Además, había una cierta complicidad con Ulda, que antes había estado casada con un compañero mío de Filosofía de curso superior, Alfonso Bulnes. La familia Bulnes también era de San Felipe, donde poseían una importante propiedad agrícola. Tuvieron un hijo y una hija en común, que vivían con su madre y Gustavo, su nuevo esposo. El matrimonio de Ulda y Gustavo terminó por fracasar. Ella y sus hijos se fueron a San Felipe y Gustavo vivió, después del golpe, muchos años en Alemania, país en que su talento musical fue celebrado, lo que también aconteció posteriormente en Chile. Falleció en Alemania.

En este ambiente pocos eran los que pensaban en términos de su formación profesional, la pedagogía. Era sobre todo un círculo cultural. Se hablaba de libros, de política, de teatro. Eran tiempos de gloria para los teatros universitarios. El Teatro Experimental, de la Universidad de Chile, presentaba las obras más importantes de la literatura universal, con gran éxito de público, entusiasta y fiel. En el mismo Instituto Pedagógico existía un conjunto teatral donde se formaron algunos actores de exitosa trayectoria en el teatro, el cine y la TV chilenos. Fuimos contemporáneos con Luis Alarcón y Jaime Vadell, dos de ellos.

La belleza del campus estimula la amistad y el amor juveniles

En el Pedagógico había, como es casi natural en pedagogía, más mujeres que hombres. La convivencia de unas y otros se facilitaba por el entorno físico del Instituto, que con sus pabellones para la docencia, la biblioteca y los dormitorios de hombres y de mujeres, en medio de prados de árboles, flores y césped constituía un verdadero campus universitario, hermoso y bucólico. Ubicado en la Avenida Macul, comuna de Ñuñoa, recibía a estudiantes tanto de Santiago, la capital, como de provincias. También a jóvenes de otros países latinoamericanos. Las mujeres preferían los estudios de idiomas, en tanto que en Historia, Ciencias y Filosofía predominaban los hombres. Las carreras de Psicología, Periodismo y Sociología también se seguían allí a pesar de no ser pedagógicas propiamente tales. En tanto que Educación Física, Artes Plásticas y Educación Musical, a pesar de serlo se ubicaban en otros recintos.

Durante los recreos, los jardines y corredores se llenaban de estudiantes principalmente en las mañanas, en que se impartían los ramos generales. Algunas carreras, Filosofía una de ellas, tenían sólo horarios vespertinos para sus ramos específicos, también Educación. La mayor intensidad de interacciones sociales ocurría a mitad de la mañana y al mediodía cuando al terminar las clases los estudiantes se daban un descanso previo a los trajines del almuerzo. Lo más frecuente era que tales interacciones de amistad, pololeo u otras, se dieran entre los compañeros del mismo curso, aunque también de otros cursos de la misma especialidad, entre los que tuviesen una misma sensibilidad política, o entre los que compartían similares intereses culturales aunque fuesen de distintas disciplinas. Según mis actuales vivencias, yo era amigo de cuatro o cinco compañeros de curso; de jóvenes que tenían intereses literarios, especialmente poesía, y de estudiantes de diversas especialidades de tendencias políticas de izquierda, hombres y mujeres. La mayoría de ellos o pertenecían al núcleo juvenil comunista o eran simpatizantes de tal tendencia. Tal simpatía era más cultural que política partidista. Era una época en que en la Universidad se disputaban la hegemonía los grupos católicos y los marxistas. El Pedagógico sólo por excepción aportaba algún dirigente universitario de nivel nacional, cosa que hacía regularmente la Escuela de Derecho y la de Medicina. Por lo general, en este universo de amistades, se encontraban personas inteligentes con inclinaciones culturales claras, como he dicho, que no perseveraron en la docencia secundaria. La belleza femenina abundaba. Varias de ellas sentían una atracción indisimulada por los poetas. Por ejemplo, Sybila Arredondo, muy atractiva, de belleza imponente y despierta inteligencia se enamoró de Jorge Teillier con quien contrajo matrimonio y tuvo hijos. Ella era hija de la escritora Matilde Ladrón de Guevara. Posteriormente se separó de Jorge, se fue al Perú donde se casó en 1967, con el escritor indigenista y antropólogo José María Arguedas, se vinculó al grupo Sendero Luminoso (o fue acusada de tal cosa) y estuvo en cárceles peruanas varios años, después de la muerte de Arguedas ocurrida en 1969. Volvió a Chile en el 2002. Yo sentí una fuerte atracción por una estudiante de biología y química, que venía del Instituto Hebreo, muy tierna, bonita, simpática y con ideas muy claras sobre su futuro: un kibutz en Israel. Para eso se preparaba y allá se fue, apenas se recibió. Su nombre: Viviana (¿o Aviva?) Schwartz. Siempre que coincidíamos en los jardines, lo que frecuentemente acontecía temprano en la tarde,



nos reuníamos a conversar en compañía de una compañera suya que al revés de la blancura de la piel de Viviana tenía una cara morena típica de Chile, asaz atrayente. ¿Qué será de ellas? Una vez una amiga descendiente de judíos checos me dijo que recordaba a Viviana y que le constaba que seguía en Israel. Cuando estuve ahí (doce años atrás) no visité ningún kibutz, los que según entiendo han declinado en número y en el entusiasmo ideológico que existía en la época de la consolidación del Estado. En Chile los jóvenes que se fueron, recién titulados de alguna profesión, tenían gran fe y alegría por ir a vivir una experiencia como la descrita por los autores del “socialismo utópico”. Con el tiempo, al parecer, el ideario original de vida comunitaria cambió mucho. Pero no he leído ningún análisis confiable al respecto.

También hice amistad con una estudiante de matemáticas que, aunque lejos de la belleza de Viviana (¿o Aviva?), era también una chica simpática, progresista y amigable. Con ella fui más lejos que una mera admiración de jardines. Curiosamente en los inicios de mi vida académica fui compañero de trabajo con su hermano, abogado laboralista, quien después de la Universidad de Chile se incorporó a trabajar en la Organización de Estados Americanos. Era militante activo del Partido Radical y miembro regular de la Orden Masónica. Coincidió que en Chile el gobierno de Jorge Alessandri nombró como embajador en Naciones Unidas a un dirigente radical, también masón, Carlos Martínez Sotomayor y que el Secretario General de Naciones Unidas era U Thant, también miembro de la Orden. Ello “facilitó” que estos colegas chilenos fuesen, más tarde, uno, Director Ejecutivo de la UNICEF para América Latina y el Caribe (ALyC), y el otro, pasase de experto de la OEA (de escaso prestigio en el área laboral) a experto de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para ALyC, primero, y luego directivo de ella, la entidad más prestigiosa en su especialidad. No se conocía en la época un cambio como el que inauguró este compatriota, desde la OEA a la OIT. Nunca dejé de encontrar más tarde en mi vida profesional, a chilenos en altos cargos de organismos internacionales, tanto en América Latina como en Estados Unidos y en Europa.

Pero la interacción estudiantil me tenía reservada la primera auténtica relación sentimental de mi vida. Se trataba de la estudiante de Inglés Nedda Cárcamo Schlicht, rubia, alta, muy suave, de carácter amable. Conocía el idioma alemán, la lengua que hablaba su madre. Junto a su hermana Nadia, que estudiaba derecho, vivía en un pensionado para

señoritas en la Avenida España, algo alejada del Instituto. Su padre vivía en Valparaíso y su madre había fallecido. El padre era una persona simpática y sociable, que conciliaba mejor su carácter con Nedda que con Nadia. Sus nombres los había tomado el padre de la literatura rusa. Él vivía, cuando lo conocí, en Valparaíso, en una digna estrechez económica y, me parece que, aparte del afecto, poco más podía entregarle a sus hijas. Pronto Nedda conoció a mi madre y a mi hermana, con las que entabló una relación de afecto y cariño. Era una persona fácil de querer. Mi relación con ella duró dos o tres años y se fue terminando al trasladarme a Valparaíso luego de recibir mi título de profesor de Filosofía.

Ella recibiría pronto el diploma de profesora de Inglés. Recuerdo que le ayudé, a través de conversaciones, a definir el tema de su tesis y a avanzar en el diseño de la metodología de trabajo. Su tema versaba sobre parte de la obra del autor teatral norteamericano Arthur Miller o, quizás, sobre uno de sus dramas. Mi ayuda consistía en estimularla en su esfuerzo y hacerle sugerencias prácticas acerca de cómo avanzar aunque yo no sabía sobre el contenido más que el público aficionado. Al finalizar la tesis y obtener su aprobación ella me agradeció con emoción. Reflexionar más sobre esta relación y su término me alejaría mucho del tema en tratamiento. Es asunto complejo y ha sido causa de emociones a lo largo de los años. Me he impuesto por la prensa que ella fue profesora del colegio “Nido de Águilas”. Se jubiló y que ha publicado, en el 2011, un libro sobre pedagogías innovadoras.

La experiencia política en el Instituto

En noviembre del año 1952, terminó el período presidencial del último de tres presidentes radicales que tuvo Chile. Culminación del ascenso de la clase media en la política chilena. Gabriel González Videla llegó al poder en los hombros de una alianza de ese partido con los propiamente izquierdistas, incluyendo al Partido Comunista, que accedió al gabinete. Pablo Neruda, que tuvo un rol importante en esa campaña, escribió un poema denominado “El pueblo te llama Gabriel”. Sin embargo, en el mundo se instalaba la guerra fría y un gobierno con participación comunista en América Latina, llamada en la época “el patio trasero de los Estados Unidos”, resultaba toda una originalidad demasiado peligrosa. El presidente González Videla reaccionó con fuerza en contra de su aliado, patrocinó y promulgó la Ley de Defensa



de la Democracia, llamada por la izquierda “Ley Maldita”, que ilegalizaba al Partido Comunista. Neruda, senador de la República, escribió en esta inesperada situación política un poema titulado “El pueblo te llama traidor”. Además pronunció en el Senado el famoso discurso “Yo acuso”; fue destituido y pasó a la clandestinidad por largo tiempo hasta aparecer, posteriormente, en Europa.

El Partido Comunista (PC) y, en general, la izquierda tenían una fuerte presencia en las organizaciones sociales, en especial, las sindicales y las estudiantiles universitarias. La lucha por la derogación de la mencionada ley fue permanente y encauzó muchas manifestaciones callejeras y varias otras iniciativas opositoras. Ello se vio favorecido por la elección como presidente de la República de Carlos Ibáñez del Campo, quien asumió el 3 de noviembre de 1952. La campaña de Ibáñez se realizó bajo el símbolo de la escoba, que barrería a los radicales del Estado. Fue apoyado, entre otros, por el Partido Socialista comprometido con la derogación de la “Ley Maldita”, lo que se realizó al final del mandato del Presidente Ibáñez. En este contexto político (impacto de la guerra fría en un país pequeño con un PC poderoso y lucha por la democratización) se vivió una activa movilización de los estudiantes universitarios, que incluyó al entusiasta alumnado izquierdista del Pedagógico. Desfiles, concentraciones masivas en ocasiones como el Primero de Mayo, participación en el Centro de Alumnos y en la Federación de Estudiantes del Universidad de Chile (FECH), militancia en las organizaciones juveniles de los partidos políticos eran formas de participación frecuentes. En una de esas fui candidato a delegado del Pedagógico a la FECH. En la campaña hube de decir un discurso ante la Asamblea de alumnos, el primero frente a un grupo de adultos jóvenes y el último como candidato a algo. Salí electo. En la FECH lideraban a los grupos de izquierda Laureano León, que de abogado fue Subsecretario del Trabajo con el gobierno de Salvador Allende y Nurielín Hermosilla, que de abogado se transformaría en todo una estrella del litigio en lo penal y comercial en la plaza de Santiago.

De modo que mi experiencia personal fue una combinación de estudio de ideas filosóficas, por un lado, y discusión política contingente, por otro. El involucramiento en las actividades de los grupos estudiantiles de izquierda y la asistencia a las concentraciones obreras tenían un fuerte parecido, en lo subjetivo, a la experiencia religiosa. Era la sensación de estar en contacto con algo trascendente a la situación personal. Después

de todo, tanto en la Iglesia como en la concentración, yo era un individuo que ingresaba anónimamente a una comunión con una entidad mayor: la transcendencia religiosa, por un lado; la clase, el movimiento social y político como superación de la individualidad, por otro.

La experiencia de discusiones, lecturas de diarios, acontecimientos que tenían un contenido social transformaron levemente al comienzo y con fuerza, después, mis intereses intelectuales. Comprendí que los estudios de Filosofía no incorporaban esa variable social que me resultó atrayente. Platón, Sócrates y Aristóteles estaban muy lejos de la realidad social chilena. Aunque hoy en día (S. XXI), sin embargo, la filosofía se preocupa más de las angustias intelectuales y de las vivencias de la gente que de las reflexiones atenienses. Fue entonces cuando me dije, yo debí estudiar Economía. Para ello necesitaba aprobar el bachillerato en matemáticas, pero en la enseñanza media, yo había optado, en el liceo, tempranamente por los estudios humanísticos. Opción entre énfasis en lo humanístico o en lo científico que consideraba demasiado prematura. Ante esta dificultad, que estimé imposible de superar, me propuse obtener lo más pronto posible el título de profesor de Filosofía. Y así fue.

La obtención del título

Después de cursados todos los ramos del programa realicé la práctica profesional. Ella consistía en la realización de clases en los cursos de quinto y sexto de humanidades. Para mí fue un trámite fácil ya que, después de cursar los tres primeros años de la carrera yo había empezado a trabajar como profesor de la especialidad. Este trabajo lo realizaba en un colegio particular muy especial. Se llamaba “Academia de Estudios Excelsior”, su dueño y director un hombre muy hábil, Guillermo Henríquez. Encontró un “nicho” económicamente atractivo para el cual no había una oferta educacional, la que no sólo era necesaria sino, potencialmente, muy rendidora en lo económico. Se trataba de los jóvenes que por razones de conducta u otras habían sido suspendidos en los colegios particulares del barrio alto, es decir, de colegios caros para hijos de familias adineradas. Él los recibía. De modo que hacer clases en esta Academia era un entrenamiento exigente. Trabajé ahí dos años hasta recibirme y concursar a un Liceo fiscal. Al dejar este trabajo recomendé a un compañero de más edad y de promoción anterior, el panameño Néstor Porcell, quien no se sabe por qué razón, solía emitir



juicios peyorativos sobre nosotros, sus compañeros. Yo, por supuesto, no había escapado de sus envenenadas alusiones. Nunca me agradeció la recomendación no sé si por su ácida personalidad o por alguna mala experiencia con el tipo de alumnos que heredaba, pero esas clases eran bien pagadas, si se consideran los precios del mercado de la época para no titulados. Néstor había ganado fama, además, de buen conocedor de la filosofía marxista, aunque Guillermo Henríquez no se fijaba en esos detalles si los profesores cumplían con el desafío de enseñar a sus alumnos, tan especiales. Conmigo, por ejemplo, fue siempre muy gentil en su trato, sin indagar acerca de preferencias políticas o religiosas. Además, como pagaba bien, yo hacía mis mejores esfuerzos para educar a esos jóvenes díscolos, platudos e indiferentes ante la cultura. Pero todo adolescente tiene algún resquicio por donde principios de psicología y filosofía pueden atraer o, al menos, tolerar.

La tesis: El tema de los movimientos estudiantiles

Yo quedé fogueado con la experiencia de la “Academia de Estudios Excelsior”. El profesor de práctica Arturo Piga me calificó con la nota superior, un siete. Con él como profesor guía realicé la tesis o memoria que versó sobre el movimiento de reforma universitaria que desde los años 1919/1920 había surgido en la mayoría de los países de la región. En Chile tuvo un gran impacto en la juventud universitaria de la época. En la revista “Claridad”, que editaba la FECH, Pablo Neruda publicó sus primeros poemas. Ese movimiento agitó las aguas de una sociedad muy conservadora. A partir de ahí, entre otros factores, se produjeron transformaciones sociales y políticas profundas. Dos ejemplos: uno, se dictó el primer Código del Trabajo del país, el que regiría las relaciones laborales hasta que la dictadura de Pinochet, promulgara una nueva ley laboral. Dos, se aprobó una nueva Constitución Política del Estado que abolió el régimen parlamentario y significó una gran democratización del país, la Constitución de 1925. También duró hasta que el régimen militar aprobó otra que, salvo algunas modificaciones importantes, está vigente hasta hoy. Un político que fue esencial en esta nueva conciencia social fue Arturo Alessandri Palma, electo presidente en 1920 y derrocado en 1924. Mi tesis de grado, reunía pues dos temas de mi interés: el movimiento social y la institución universitaria. A ambos los seguiría cultivando a lo largo de mi carrera académica.

Además, de los antecedentes históricos del movimiento de reforma universitario chileno consideré, en la tesis, el libro de Germán Arciniegas “El estudiante de la mesa redonda”, la famosa carta de José Ortega y Gasset “Carta a un joven argentino que estudia Filosofía”, de 1924, y la correspondencia posterior con observaciones recogidas durante sus varios viajes al país trasandino; documentos sobre la rebelión estudiantil en Córdoba, Argentina, donde se inició para luego extenderse por varios países de la región. Fue el llamado “grito de Córdoba”. También en la época se leían los libros de viaje del discutido filósofo alemán, nacido en Estonia, el Conde de Keyserling, quien, como varios intelectuales europeos, viajó por América Latina, en la primera mitad del S. XX. Estuvo en Argentina, Chile y México. Entre otras de sus observaciones decía que éstos eran países del último día de la creación. La memoria quedó acotada al periodo 1920-1945. Algunas de las frases que más me impactaron de Ortega y Gasset: “Nada urge tanto en Sudamérica como una general estrangulación del énfasis”; “Son ustedes más sensibles que precisos”; (Necesitan)...”una rigurosa disciplina interior”.

Basándome en la memoria escribí, años después, un artículo que publicó la Revista “Journal of Inter-American Studies” de la Universidad de Miami: “Trayectoria del movimiento de reforma universitaria en Chile” (October, 1968; Volume X; NO. 4, pp. 617-636).

Recepción del diploma y discurso algo extenso

Aprobada la tesis, di el examen de grado que versaba sobre ella. En el plazo de cinco años había aprobado todas las obligaciones para obtener el título de docente en la especialidad. Hacía muchos años, quince me dijeron en la oficina correspondiente, que no se titulaba un profesor de Filosofía. Esto comprueba el hecho de que muchos de los que ingresaban a estos estudios no tenían como motivación principal la docencia en colegios secundarios, quinto y sexto años de la educación secundaria. No se trataba de que yo fuese el alumno más destacado de la generación. En todo caso, el diploma deja constancia de que he sido “aprobado con distinción unánime”, la máxima calificación. Lo firma en diciembre de 1956 el Rector de la Universidad de Chile profesor Juan Gómez Millas. No me imaginaba en esa época que, con el paso del tiempo, él sería mi suegro y yo su yerno.



Ha sido tradicional que a fines de año, se realizaba una ceremonia en la Casa Central de la Universidad, donde se entregaban los títulos a los nuevos profesionales recibidos en el curso del año. Tal ceremonia tiene lugar en el Salón de Honor de dicha Casa. Por el hecho de que no se había titulado desde largo tiempo un profesor de Filosofía, ese año me llamaron de la Oficina de Títulos y Grados para encomendarme a mí una honrosa e inesperada misión: decir el discurso a nombre de los nuevos profesionales, médicos, arquitectos, ingenieros, profesores; etc. La excepción eran y son los abogados a quienes les otorga el título de tales la Corte Suprema. Con esta responsabilidad terminaban mis deberes escolares en la Universidad. Imbuido como estaba del papel de los estudiantes en el desarrollo social, elegí esa temática como motivo central del discurso. Me ayudaban la memoria (tesis) presentada y mi amigo Pedro Miras, a quien reconocía yo ventajas acerca del buen decir. Así fue como el entusiasmo suyo y el mío dio origen a una buena pieza oratoria, pero demasiado larga para la ocasión. En verdad en la Oficina mencionada no me habían dado ninguna instrucción o consejo y yo he sido toda la vida corto de genio para solicitar ayuda a fin de aliviar las responsabilidades que han caído sobre mí, buscadas o impuestas por las circunstancias. Así fue como al avanzar la lectura del discurso empecé a pensar en cómo acortarlo. Encontré la ocasión en un punto aparte. Salté 2 ó 3 páginas y pronto puse punto final. Recibí grandes aplausos, aunque nunca supe si fue por el contenido del discurso o por su acortamiento. En todo caso, en el momento en que la autoridad universitaria me llamó para entregarme el diploma, los aplausos fueron notoriamente mayores que los ofrendados a los demás.

Antes de la ceremonia yo estaba preocupado por la ausencia de mi madre que deseaba estuviese. Llegó algo atrasada, pero llegó. La divisé y su presencia me puso contento. Nedda también asistió a la ceremonia. A la salida, un joven me pidió el discurso que no pude dárselo por tener el único ejemplar. Hoy día tanto la memoria de título como este discurso han desaparecido de mi biblioteca. Ambos tenían sólo un valor sentimental.